



Los voluntarios del campo de trabajo frente a la cárcel de Martutene, acompañados del capellán Luis Miguel Medina. :: JOSÉ MARI LÓPEZ

«Detrás de cada sentencia existe una persona que hay que humanizar»

Durante nueve días, ocho jóvenes voluntarios participan en el campo de trabajo organizado por Cáritas y la Pastoral Penitenciaria

:: PABLO GUILLENEA

SAN SEBASTIÁN. «El primer contacto es impactante», dice Lide, estudiante de Trabajo y Educación Social en Deusto. «Vamos con unas ideas que formamos con las películas y series sobre cárceles, pero después de unas horas rompemos los prejuicios». Es una de los ocho voluntarios que durante la semana pasada participaron en el campo de trabajo organizado por Cáritas y la Pastoral Penitenciaria.

Ante los gestos de asentimiento del resto de sus compañeras, Rafael, un joven estudiante de Psicología que ya lleva cinco años como voluntario de distintos campos de trabajo, incide en la importancia de la «humanización del preso». «Detrás de un delito hay toda una serie de causas. Es gente que ha llevado vidas muy difíciles». Todos ellos insisten en que los presos no les parecen tan distintos a ellos mismos; «a Rafael hasta le confundieron con uno», bromea Luis Miguel Medina, capellán de la prisión.

Cada día los jóvenes participantes en el campo de trabajo asisten a dos horas de cursos teóricos. «Primero reciben una formación hu-

mana y religiosa, trabajando campos imprescindibles para el acercamiento a los presos como son la mirada, la escucha, la acogida...; después, profesionales de la prisión les dan formación penitenciaria, que les ayuda a descubrir más de cerca el funcionamiento de la cárcel». Por la tarde pasan hora y media en contacto directo con los «privados de libertad», donde ponen en práctica lo aprendido durante la mañana. «Una mirada que no juzgue o un acercamiento desde una objetividad que no estigmatice al preso puede significar un mundo», explica Cristina, que pese a estudiar Ingeniería Mecánica en la UPV ve en esta experiencia de campo de trabajo ya no una oportunidad de crecimiento profesional como el que puedan aprovechar sus compañeros, sino un «desarrollo personal», algo con lo que enseguida comulga el resto.

Todos coinciden, la escucha de las emociones del preso es imprescindible para trazar puentes y romper muros. «Los barrotos y controles impresionan», dicen, «pero una vez empezamos a hablar con ellos y a conocer a la persona que hay detrás de la sentencia nos relajamos». Las conversaciones son de tú a tú y, superada la novedad, los presos se abren ante sus interlocutores. «No todos, pero algunos sufren de una soledad profunda y la escucha es fundamental», dice Rafael. Insisten en que los cursos teóricos de la mañana les ayudan a encarar las

conversaciones de la tarde: «Marcamos pautas y es importante entender que cada preso es diferente». «A veces al principio bromean diciendo que ahí todos son inocentes, pero pasado el primer contacto nos confiesan sus delitos y arrepentimiento». El reconocimiento del delito es un proceso que puede ser largo, pero los jóvenes lo experimentan en unos pocos días. «El primer día de contactos algunos no quieren asumir la culpa de lo que han hecho y pueden llegar a restarle importancia. Pero el reconocimiento del delito es fundamental para iniciar, desde la fe, el camino al arrepentimiento», explica el capellán, que cada domingo conduce una eucaristía a la que se acercan tanto católicos como personas de otras religiones.

Mencionan el caso de Cristina, que ya ha estado en varias prisiones y que reconoce sin problemas

«Una mirada que no juzgue o una conversación que no los estigmatice puede ser trascendental»

«El campo de trabajo es una oportunidad de desarrollo personal además de profesional»

sus delitos. María José Reparaz, organizadora del campo de trabajo, insiste: «Son conscientes de sus errores y se arrepienten, lo que reclama es comprensión».

El proceso de reconocimiento de culpa del que habla el capellán es paralelo a la apertura gradual de los presos hacia los jóvenes, que mostrándose como iguales llegan a desarrollar una empatía y una confianza mutua enriquecedora para ambos. Rafael explica que «preconcebimos una idea de frialdad respecto a los presos. Nos los imaginamos tristes y en pena, pero cuando los conoces te das cuenta de que hay un contacto muy humano entre ellos, que también se traslada a los funcionarios del centro».

Luis Miguel Medina hace hincapié en que el campo de trabajo (y el resto de actividades organizadas desde la Diócesis Penitenciaria y Cáritas) son posibles gracias a una dirección receptiva desde dentro del centro penitenciario de Martutene. «La dirección del centro es muy abierta en lo que respecta a este tipo de actividades», muchas veces esenciales para la reconstrucción humana de los presos. Sea gracias al «camino al arrepentimiento desde la fe» que promulga el capellán, sea gracias a la tal vez más prosaica compañía e interés de personas nuevas, el valor del ya veterano programa —que lleva 17 años acompañando a los «privados de libertad» con diferentes actividades— es innegable.